



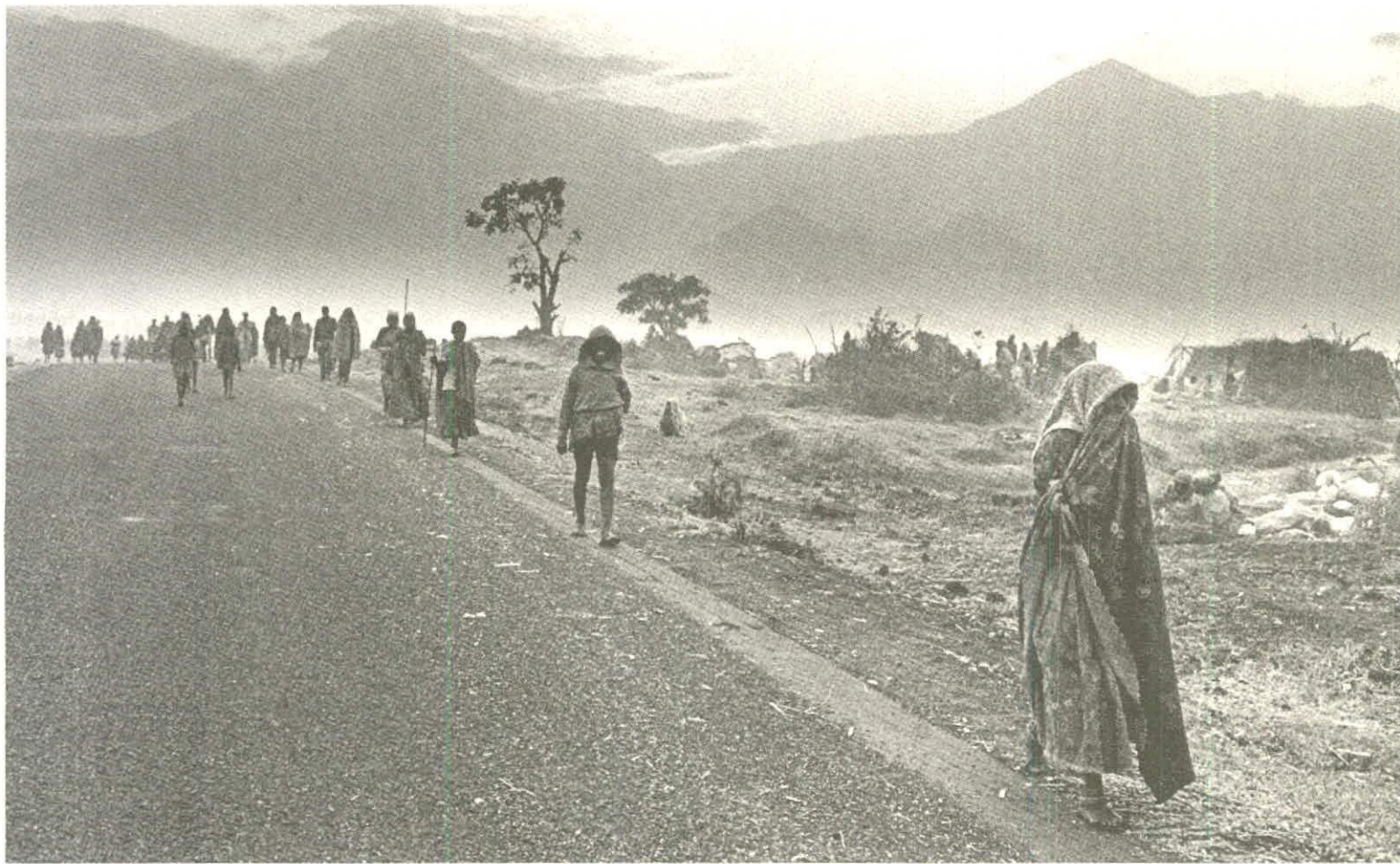
En cien días fueron masacradas cerca de 800 mil personas: 333 cada hora. Seis por minuto. / AFP



# Internacional

Veinticinco años después del genocidio más atroz de la historia reciente

## Los cien días más oscuros de Ruanda



La ola de violencia que se desató en Ruanda el 7 de abril de 1994 provocó más de dos millones de refugiados, según los datos oficiales. / Sebastiao Salgado (MSF)

El 7 de abril de 1994 comenzó una masacre que duró cien días y acabó con la vida de 800 mil personas.



DANIELA  
QUINTERO  
DÍAZ

pinternacional@elespectador.com  
@danielaquinterod

La noche del 6 de abril de 1994 la vida de los ruandeses, habitantes de un pequeño país en África Oriental, cambió para siempre. La mañana siguiente, el 7 de abril, marcó el comienzo de uno de los genocidios más atroces de la historia contemporánea. En cien días fueron masacradas cerca de 800 mil personas: 8 mil al día. 333 cada hora. Seis por minuto.

En tres meses, el 75 % de la población de la etnia tutsi fue asesinada a mano de los hutus, esos que hasta entonces habían sido sus vecinos, compañeros y amigos. ¿La razón? Una extrema polarización entre las dos etnias, para muchos (entre esos Ruanda),

impulsada por los colonizadores belgas, quienes con su llegada al país propiciaron una serie de reformas, entre las que estaba incluida la creación de un documento de identidad que señalaba el origen étnico de cada individuo.

“Lo que siempre se ha presentado como etnias, hutus contra tutsis, en realidad nunca fue eso, son clases sociales. Una de las primeras leyes de los belgas lo que decía era que, si tú tenías más de 10 vacas, eras tutsi, y si tenías menos de 10, eras hutu. Ya después se le asignaron unas categorías físicas a uno y otro grupo, pero el primer criterio fue económico. Esto generó que los que tenían vacas eran la élite y los que no tenían eran agricultores, en consecuencia, más pobres”, explica Jerónimo Delgado, profesor de estudios africanos de la Universidad Externado de Colombia.

A pesar de que vivían en el mismo territorio, hablaban la misma

lengua y tenían las mismas costumbres, la división institucional exacerbó sus diferencias. Los hutus, que entonces eran mayoría y conformaban cerca del 85 % de la población, estaban subordinados e incluso sometidos a trabajos forzados por los tutsis, una minoría del 15 % reconocida por Bélgica como la clase dominante, a quienes les entregaron el poder administrativo hasta la independencia, en 1961. En ese momento Ruanda se constituyó en una República, lo que habilitó la posibilidad de que la mayoría hutu llega-

ra al poder. Los papeles se invirtieron.

En las décadas de 1960 y 1970 los tutsis fueron perseguidos y protagonizaron un éxodo masivo a países vecinos. Algunos de ellos formaron el Frente Patriótico Ruandés (FPR), una milicia protutusi que durante varios años se entrenó militarmente. Entretanto, en Ruanda, que vivía una grave crisis económica, hambrunas y enfermedades, se fortalecieron los interahamwe (los que trabajan juntos), milicias de hutus radicales que buscaban darle al conflicto una solución final apoyados por un círculo de personajes poderosos y radicales cercanos al presidente: la matanza de todos los tutsis.

La muerte del presidente Juvenal Habyarimana (Hutu), el 6 de abril de 1994, después de que el avión en el que viajaba fuera derribado, dio pie para que los hutus empezaran “legítimamente” la masacre contra los tutsis.

“Soy la única sobreviviente de mi familia. Tenía solo 19 años cuando llegó el genocidio. Mis padres, tres hermanas y dos hermanos fueron asesinados en Gitarama el 14 de abril de 1994”, cuenta Adeline (tutsi) para la organización Survivors Fund, que recogió los testimonios de varios de los sobrevivientes en el marco del programa de divulgación del genocidio de Ruanda de la ONU.

Cuando la masacre empezó, Adeline se separó de su familia al intentar escapar. Ella, junto con su hermana menor, de 14 años, corrieron hacia Butare, en donde se escondieron en una trinchera. Pronto, unos locales las encontraron y les hicieron creer que iban a “liberarlas” y a darles “algo para celebrar”. Las tomaron prisioneras y “cuando se cansaban de matar venían a donde estábamos y nos ordenaban quitarnos la ropa para que, cada uno, nos violara. Tuve que ver cómo violaban a mi hermana. Ahí dejé de sentir mi dolor”, cuenta.

Pasaron dos semanas y la historia se repetía a diario. Conocieron a muchas mujeres. Algunas eran violadas y asesinadas; otras eran cortadas con machete y dejadas agonizando hasta que morían. Creyeron que las cosas iban a mejorar cuando reconocieron a un vecino, Marcel, que formaba parte del grupo de asesinos. Adeline le rogó para que las salvara, pero en cambio su conocido de toda la vida la llevó a su casa, la raptó y la violó todos los días.

A su hermana la mataron días después. Adeline pudo escapar, pero no por mucho tiempo. Nuevamente otro interahamwe la tomó prisionera y la violó. Después trajo a todos sus amigos para que hicieran lo mismo por cinco días seguidos. Sangró. Su cuerpo resistió hasta que se desmayó. Tiempo después, no sabe cuánto, despertó. “El lugar estaba en silencio. Salí de la casa cubierta de sangre, olorosa. Caminé esperando que alguien me matara. Grité y llamé a los abusadores para que me mataran. En ese momento no sabía que el FPR había liberado el área, estuve a salvo”, asegura.

Ser la única sobreviviente de la familia fue el factor común de muchas ruandesas tras 1994. También haber tenido un hijo fruto de una violación o ser contagiadas de VIH. Entre 150 mil y

» Entre 150 mil y 250 mil mujeres fueron violadas por los hutus y contagiadas de VIH durante el genocidio.